

Rubén Darío no es el Primer Poeta de América

Alfredo Collado Martell

Para el exquisito prosista Enrique Lefebre

Rubén Darío no es el primer poeta de América. Y ni siquiera el segundo. En la objetividad de su verso, no hay esa esencial revelación de nacionalidad, que es tan precisa para levantarse sobre el corazón de un pueblo o de una raza. Al autor de “Margarita Gautier” antes que poeta de América podría tachársele de poeta heleno. En el alma de “el tiburón” como se le ocurrió llamarlo a nuestro amigo Bonafoux, no hay rasgos genéricos y olímpicos que alcancen la infinita extensión de nuestras anchuras ni la inconmensurable grandeza que lucen en sus cúspides, los gigantescos Andes, los que son, a manera de un boa soñador y atrevido cuyo ambiente, cuando agita tan sólo una de sus anillas, cunde el terror de la muerte y el primor de los tonos encendidos.

Rubén, antes que el primer poeta de América, fue un cantor de sutilidades. No tiene comparación con Chocano, el poeta atalaya.

Podría decirse, que la fuerza mental de un poeta se mide por la intensidad de las figuras que adornan sus versos. Unos dan sensación de infinitos, otros, de orfebres miniaturistas. Las imágenes fecundas son como el espacio. Atraen, seducen y emocionan, pero sobre todo, rinden y magullan. El verso de Santos Chocano tiene ese poder. Seduce con la maravillosidad de su armonía y el encanto primoroso de su fondo. Esclaviza con la galanura que les diera la fogosa imaginación del autor.

El verso de Darío, más bien que hermoso, es lindo. Distraen sus estrofas pero no aprisionan; emocionan pero no conquistan... Uno es el coloso de Rodas, el otro, un biscuit de tocador.

“Era un aire suave” parece debido a la pluma de un príncipe, muy enamorado de la belleza, muy artista, sutil hasta la quinta esencia de la delicadeza, pero hijo de una corte a lo Luis XIV, frívola y melancólica, falta en absoluto del maravilloso brío que es el rasgo poderoso, magnífico y característico de estas regiones, llenas de vida y de luz.

“Leda” es como una flor que se muriera de tedio. Esa pagana infeliz, que a fuerza de ser hermosa provocó el ansia de Júpiter, fue como el alma de Darío: una desamparada, que en la sombra de la soledad a que la obligó su alejamiento, no pudo palpar el amor, y su “desfloramiento” no tuvo placer y sólo fue dolor.

“Margarita Gautier”, el lindo soneto que tiene para mí la sutileza de una melancolía cristalizada en piedra preciosa, es más bien un pedazo del alma de Dumas. De ese verso sólo las palabras y la métrica pertenecen a Darío.

El poeta de los Cisnes sólo tuvo una nota masculina, comparable a la de Santos Chocano: “Marcha Triunfal”. Y ni siquiera ese canto tiene la virtud epopéyica de las legiones caídas, gloriosamente, ante el esfuerzo poderoso y devastador de los conquistadores, de esos conquistadores que son más épicos y más hermosos en las leyendas nuestras, que los héroes de la Iliada y la Odisea. “Marcha Triunfal” es, más bien, un canto a unos griegos victoriosos que retornaran de Maratón o Salamina. Para cantar a los ejércitos de San Martín o las legiones de El Libertador, se necesita un estro más recio, más vigoroso.

La gloria de ser el Primer Poeta de América es de José Santos Chocano. El brío saludable y epopéyico del cantor del Perú sólo tiene comparación con el del otro, que ostentó el alma de Bolívar.

Rubén Darío, antes que un gran poeta, fue un buen poeta. Llevó en su cuerpo un alma sutilmente femenina. Masoquista en su estro, apenas entusiasma el corazón de los hombres. Rubén es propio para las damitas. Santo Chocano es el poeta de la fuerza y la visión.

El cantor de los Cisnes no tuvo una real objetividad definida. Su visión de la vida fue a manera de un cuello de cisne arqueado. Un signo interrogativo. Su esperanza, una niebla alzada sobre las aguas del Sena. Su fe no tuvo persistencia. El mismo se hubiera amarrado, sin un gesto de rebelde, al organillo del Rey Burgués.

Rubén no fue jamás un templario. Nos lo ha asegurado con sorna el valiente Rufino Blanco Fombona. Rubén, como advierte Vargas Vila, “es un cantor de pequeñeces”, porque no pudo ver reflejadas en el panorama íntimo de su alma las extensiones de cielo americano, ni las alturas de los Andes. Los cóndores lo hubiesen asustado. Su alma tan femeninamente delicada jamás admiró el primer río de este mundo nuevo, que tiene ríos como mares y mares que son como océanos. Pero todavía, cuando volvió de Europa, quiso cantarles, lo hizo tan mal, que sus versos pasaron inadvertidos y hasta olvidados... América es como un corazón gigante entre el bullicio de dos océanos. Luce, a manera de corona, un canal que es una maravilla; y en los pies, lleva encadenada la agitación constante del estrecho de Magallanes. Los Andes son tan altos y hermosos que hunden en infinita pequeñez a quien los mira sin pupilas de conquistador. Y el Titicaca guarda, a muchas millas sobre el nivel de los océanos, el primor magistral de su belleza sorprendente. Para llegar al lago y contemplar desde sus orillas, entre nieblas plomizas, los picachos donde anidan los cóndores, parecen horadar las nubes para encender el cielo, en cien prismas de colores magistrales, se necesitan piernas y corazón de atletas, bríos de castellanos, alma de Cid. Y eso no lo tuvo el poeta delicado que cantó tantas sutilezas diminutas...

Rubén, por desgracia, no pudo llegar a las alturas del Chimborazo. Esa cumbre donde ensoñó el Libertador con los fantasmas de la muerte y del triunfo sólo es accesible a los José Santos Chocano.

En eso de la elevación, que es privilegio de las almas de gigante, Rubén, el princesito Rubén, hecho para ilusionar ensueños y cantar serenatas para las mujeres que no hayan sentido romper el suspiro de un beso, en la seda suave de sus bocas, ni la mano pasional y agitada del mancebo encender en sus venas el fuego de la sangre, no alcanzó otra cosa que prender un laurel en el frac de José Santos Chocano. Hasta en ese gesto femenino se mostró delicado el sutil Rubén Darío.

Ahora, en la delicadeza íntima y sincera de los sentimentalismos eucarísticos, hondos y puros, tampoco Rubén Darío es el primer poeta de América.

Amado Nervo es a manera de un corazón abierto, en cuyo fondo bulle el licor raro de las melancolías y amarguras más exquisitas. El

poeta de las filosofías sentimentales y los ideales preciosos, ese poeta que tiene el don de hechizar las almas, aún más bravas, parece que heredó de sus abuelos los tlascaltecas místicos, abandonados de sus dioses, una visión poderosa de honda fe, que al cristalizar en el primor de sus versos, llena de lujosas chispas religiosas, a quienes los leen. Si Santos Chocano es el poeta de lo gigante y lo heroico, Nervo es el cantor de lo puro y sublime.

Amado Nervo no fue nunca el poeta de lo abstracto, como han dado en decir. Amado Nervo fue el cantor simbólico del corazón humano. Conoció la esperanza. La fe fue su escudo. Tuvo la idealidad eucarística de un apóstol. Su verso no tiene la onda débil del masoquista. Si Hernán Cortés hubiera sido poeta, en su “Noche terrible” hubiera escrito algo de lo que nos legó Nervo.

Rubén Darío, enfermo del alma, padeciendo el mal de la bohemia, ese mal ingrato que es peor que la lepra y que hacía turbias las horas en que la luz de la vida le iluminaba sendas nuevas, no pudo nunca levantarse a la quietud espiritual del cantor tlascalteca. Rubén, al lado Nervo, es un oficiante de melancolías, y el poeta mexicano, un Dios.

En la originalidad verdadera en lo personal y exclusivo tampoco Rubén Darío es el primer poeta de América.

Sus versos, los versos del ídolo de las mujeres enfermas, bebieron de continuo en las fuentes de una pléyade de poetas bohemios, que no han sido los mejores de Francia. Después que el champaña del Barrio Latino lo embriagó por primera vez, Rubén se tornó un esclavo, casi un eunuco de los cafés de Montmartre.

El verso de los bohemios tiene las mismas fuerzas que las cadenas de la miseria. Baudelaire, Verlaine y otros que no cito para ahorrar tiempo, amarraron con la superioridad de sus mentes raras el alma de Darío. El yugo de la literatura francesa ha sido fuerte y recio en todas las épocas. Sus escuelas se han impuesto. Las mentalidades de Europa, con raras excepciones, se han ofrecido en holocausto al Gallo Latino. Mi maestro, el mismo Federico Nietzsche, luchando para no seguir las corrientes filosóficas que generara la riqueza fecunda del cerebro francés, ha exclamado en “NIETZSCHE CONTRA WAGNER”, entusiasmado y por primera vez panegirista: “La civilización no está

al acá del Rhin. Francia es el cerebro del mundo y París su corazón”. De ahí que no acuse a Darío de afrancesado. Es imposible evitar la influencia de Francia. Ahora sí, lo doloroso es que el poeta americano no luchó contra la fuerza que le arrastraba. Sintió placer en rendirse. Lo contrario de otros criollos, por ejemplo, Rufino Blanco Fombona y el mismo Gómez Carrillo, que hasta ha intentado variar el gusto estético francés, introduciendo, con Pierre Loti, la romántica literatura oriental.

Pero volvamos al tema. El poeta más original de América es Herrera y Reissig. A aquel morfómano le cupo el honor de haber causado más daño en la poesía nuestra que a ningún otro poeta. Raro, raro hasta lo absurdo, llegó hasta entenebrecerse. Escuchando sólo la voz de su personalidad mirada, se encumbró hasta el “incognoscible abstracto” de su “Sinfonía lunática”.

Fija en su alma una locura hermosísima, pudo en las sombras de sus nebulosidades, hacer brillar relámpagos y luceros de una claridad asombrosa. Herrera Reissig es exclusivo. Como Santos Chocano y Nervo, es inimitable. Los que lo tratan de seguir han rodado al ridículo. El mismo Lugones, que es otro magnífico versificador y que lo han mejorado en ciertas ocasiones, no lo ha podido alcanzar definitivamente.

En fin, Herrera Reissig es el poeta más original de América. Rubén tampoco tiene ese honor.

Para terminar este artículo traigo a la memoria un trabajo que apareció en la prensa diaria y que fue debido a la pluma de un joven poeta, que ha escrito versos muy hermosos. La composición que cito tenía por propósito sentar la teoría de que Rubén Darío fue el precursor de esta renovación literaria que para mí es “innovación”.

Error craso. Rubén Darío no ha sido tal cosa. Este movimiento tuvo origen en Colombia. Y se debe al impulso de un poeta que terminó con la hermosura espantosa y cruel del suicidio. José Asunción Silva, el cantor enamorado de un amor que no pudo ser, fue la piedra angular de este movimiento. Rubén Darío no fue otra cosa que un medio de propaganda, vehículo cuajado de piedras preciosas. Ni ese honor le cabe al autor de LOS RAROS y AZUL. Ya lo dije antes. Todo el oriente del poeta fue un cuello de cisne arqueado. Un gran signo de

interrogación. Quizá en “Un rey burgués” el poeta quiso inmortalizar, como describiendo una parábola, el fin de su vida literaria. Dándole al manubrio del organillo, en los jardines del rey, cayó muerto de frío, junto a unos arbustos arruinados por la nieve, cuajados por la belleza cruel de las nevadas victoriosas...¹

¹ Alfredo Collado Martell, “Rubén Darío no es el Primer Poeta de América”, *Summer School News* (University of Porto Rico), septiembre de 1925; pp. 4-6.